

**ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ:  
DE ESTE TIEMPO, DE ESTE PAÍS\***

VALERIANO BOZAL

Conocí a Adolfo Sánchez Vázquez en 1972, en un corto viaje que hizo a España, el primero desde 1939. Antes había leído sus libros, sus *Ideas estéticas de Marx*, la *Filosofía de la praxis*, su *Ética*. Nos conocíamos epistolar, pero no físicamente. Me sorprendió profundamente. Sánchez Vázquez escapaba por completo a la idea establecida del exiliado. Después vino otra vez a España en 1975, pero tuvo que abandonar el país ante el clima de tensión y violencia que los fusilamientos del 27 de septiembre desataron. Mientras, había publicado dos libros de considerable importancia, *Estética y marxismo*, la antología más completa sobre el tema con considerables aportaciones personales, y *Del socialismo científico al socialismo utópico*, un texto profundamente polémico.

Ahora ha vuelto otra vez con más tiempo y hemos hablado extensamente. Los temas se agolpan: la condición del exiliado, la situación política, el papel del intelectual, la función de las organizaciones políticas, las relaciones teoría-praxis... Lo que aquí recojo no es más que una leve sombra de las conversaciones. Sánchez Vázquez habla pausadamente, huyendo de cualquier enfatización, con un decir razonable y sencillo.

Cuando estuve en México en el verano de 1975, pude apreciar el enorme respeto que había por el profesor Sánchez Vázquez, su autoridad moral e intelectual. Ahora nos encontramos hablando de su situación en México, de la condición de los intelectuales españoles políticamente caracterizados. Me explica la libertad de que ahí gozan, pero también de los límites en que esa libertad se ejerce:

\* *Triunfo*, núm. 716. Madrid, 16 de octubre de 1976.

“En el caso de nuestra libertad política referida a España, hemos tenido absoluta libertad. En el aspecto ideológico y a nivel teórico, hemos gozado de una libertad máxima. Sin embargo, nuestra intervención en la política del país, en la política mexicana, es muy reducida. Solamente en algunas situaciones límite, como en el 68, resultó imposible sustraerse. Ahí participé, no como dirigente, pero sí a fondo. También en las actividades de carácter sindical, o sindical-político —por ejemplo, en el sindicato que recientemente hemos creado en la UNAM—, participo muy activamente. De todas formas existe una dualidad. Como profesor, yo explico abiertamente filosofía marxista; mi libertad de cátedra es, en este sentido, absoluta. Por otra, sin embargo, no puedo desarrollar una actividad política que corresponda plenamente a ese pensamiento. Hay una contradicción”.

*Entonces, tu presencia es moral, ideológica, más que política.*

Sí, efectivamente; la posible autoridad que yo tenga se debe a mi prestigio como teórico marxista, pero incluso éste me da posibilidad de intervenir dentro de ciertos límites, como te decía, en la política activa, en la sindical.

*En cualquier caso, ¿sería ésa tu situación en España?*

No, obviamente en España sería distinta. Tendría una actividad política directa y abierta que correspondiera plenamente a mi actividad teórica.

*Sí. Realmente tuviste que abandonar el país por esa actividad política concreta...*

Desde muy joven, diecisiete años, me incorporé al movimiento juvenil comunista. Fui miembro de las JSU, de su Comité Provincial en Málaga durante la Guerra civil. Fui director del periódico *Ahora*, órgano central de las JSU durante algún tiempo. También estuve en el Comisariado de la Once División, que mandaba Líster, y en el Comisariado de Prensa y Propaganda, del Quinto Cuerpo de Ejército.

*¿Cuál fue tu función en el Comisariado?*

Tanto en la Once División como en el Quinto Cuerpo, con el que terminé la guerra y con el que pasé a Francia, mis tareas se centraban en la prensa y la propaganda. Implicaba, claro es, un contacto con la práctica, con los problemas concretos. Fue ahí, por ejemplo, donde me di cuenta de lo difícil que era evitar la tendencia a la abstracción. En el periódico del Quinto Cuerpo teníamos corresponsales en todas las unidades militares, les dábamos instrucciones para que nos enviaran sus impresiones sobre los problemas del día. Esto era lo más difícil de conseguir. Hablaban de la lucha contra el fascismo, de la necesidad de acabar con la tiranía, y ni una sola palabra de las condiciones concretas. Ahí tuve yo un contacto muy vivo con la gente. Había que organizar la propaganda, tanto la que iba dirigida a nuestro campo como la dirigida al campo enemigo, tratar de captar el estado de ánimo de los combatientes, dar una conciencia de las razones de la lucha...

*¿Con qué personas trabajaste?*

Con algunas personas conocidas, pero estaban más apartadas. Miguel Hernández trabajó en el Comisariado de la Once División, también Herrera Petere, pero la labor de ambos era más de sentido creador, escribir crónicas, poemas, relatos...

*Había entonces dos funciones distintas, dos tipos...*

Sí, sí. Había una necesidad de proteger la cultura y desarrollar los valores culturales. Por ello, ciertos escritores estaban integrados en unidades militares, pero no siempre con una actividad directa e inmediata, salvo en algunos casos —Lorenzo Varela, por ejemplo, fue comisario. Pero otros, los grandes poetas —Alberti, Hernández— tenían una función propiamente intelectual, claro es que con un contenido político explícito. Había otros intelectuales que no teníamos nombre —el “Batallón del talento” nos llamaban—, que estábamos ocupados en estas tareas más grises, pero igualmente importantes.

*¿Y cómo llegaste a México?*

Llegué en julio de 1939, en un barco, con Pedro Garfias y Juan Rejano; íbamos en el mismo rincón de la bodega. Cuando llegué a México no era absolutamente nada, pues al empezar la guerra todavía estaba estudiando. Como profesores había tenido a los que en aquella época se consideraban las “luminarias”, Ortega, Zubiri, Gaos, García Morente, Besteiro... por cierto que Besteiro me produjo la mayor sorpresa de mi vida. Besteiro era presidente de las Cortes, una figura intelectual, un filósofo marxista; llegar a su clase era un verdadero acontecimiento... Sin embargo, Besteiro era un neokantiano. No vi en él el menor ápice de marxismo.

*¿Un neokantiano?*

Sí, sí. Filosóficamente hacía el papel de un socialdemócrata.

*¿Entre todos aquellos profesores de la Universidad española de la República no había ninguno que tuviera relevancia intelectual en el campo del marxismo?*

De cara al marxismo nada, yo no tuve nunca un profesor marxista. Mi formación marxista ha ido completamente al margen de la vida académica y universitaria, leyendo lo que se publicaba entonces, lo que un joven militante aprende, y sólo después en la práctica. Mi formación y mis intereses eran más literarios que filosóficos; conocí a Miguel Hernández; fue entonces cuando conocí a Neruda. Puede decirse que mi formación filosófica empieza a hacerse en México.

*¿Cómo pudiste mantenerte en México? Carecías de nombre, eras, como dices, un estudiante?*

Bueno, inmediatamente hicimos algo que tuvo importancia: fundamos la revista *Romance*, dirigida por Juan Rejano, y cuyo comité de redacción estaba formado por Sánchez Barbudo, Herrera Petere, Lorenzo Varela y yo mismo. Es una revista que en aquel momento logró aglutinar no sólo a los intelectuales más importantes del des-

tierra, sino también a los intelectuales mexicanos y latinoamericanos. Jugó un papel importante por su contenido y por su presentación. Propiamente hablando, era un periódico literario. Hicimos doce o catorce números, luego tuvimos problemas con la empresa; deseaba imponernos un director y lo abandonamos. Después tuve un ofrecimiento para ir a una universidad de provincia, que tú conoces, la Universidad de Morelia, en el Estado de Michoacán. Ahí estuve impartiendo clase de materias fundamentales a nivel de preparatoria. Tuve tiempo para leer. Mi preocupación literaria fue dando paso a la filosófica, y con el bagaje adquirido pude volver a México. Creo recordar que estuve tres años en Morelia y continué mis estudios en la Universidad de México. Hice la carrera de Letras y completé mi carrera de Filosofía, después presenté la tesis *Conciencia y realidad en la obra de arte*, una tesis que nunca he querido publicar...

*¿Por qué?*

... Es una tesis de 1954 que pretendía ser abierta y antidogmática, y hasta cierto punto lo era en aquel momento, teniendo en cuenta los problemas del stalinismo, pero ahora no lo parece. Entré en la Universidad como profesor de asignatura, y ya he continuado dedicándome a esto. Siempre agradeceré a los mexicanos las facilidades que he encontrado, su apoyo. En la actualidad soy presidente de la Asociación Filosófica de México. Eso indica muy bien hasta qué punto he podido incorporarme a la vida intelectual mexicana.

*El problema del dogmatismo, que surge a propósito de tu Tesis, ¿desde cuándo te preocupó, desde la época de la Guerra civil?...*

No, no. En los tiempos de la guerra no me planteaba esta cuestión como un problema, no tenía conciencia del problema. Se me empieza a plantear cuando, en México, abordo las cuestiones del arte y la cultura. Es entonces cuando surge el enfrentamiento con la orientación de Zhdanov, entonces vigente. Surge entonces, en torno a 1948, y empiezo a marcar una separación respecto a la política cultural dominante en la URSS. A partir del XX Congreso, claro es, se procede a revisar las posturas en este terreno, y se marca una orientación

más nítida contra el dogmatismo. Recuerdo que hacia 1957 publiqué un artículo en la revista *Nuestras Ideas*, en torno al realismo socialista. Ahora me doy cuenta de que luchaba por una apertura, más en los métodos que en el contenido. Sólo en 1961, en un ensayo titulado “Las ideas estéticas de Marx en los *Manuscritos económico-filosóficos del 44*”, abordo la necesidad de plantear a fondo el fundamento de la praxis artística. Posteriormente, en 1965, en *Las ideas estéticas de Marx* hay ya una actitud decidida en este sentido.

*No sé si érais conscientes, en México, de que también en España eran éstos los problemas principales de 1957 a 1960. Entonces surgió el realismo social, se extendieron las ideas de Lukács...*

No, yo creo que no lo éramos. El problema ha sido siempre la falta de contacto entre el trabajo que se hacía aquí y el que se hacía allá. Los estímulos fueron las reflexiones personales, planteamientos que se hicieron en Francia, en la URSS, en Italia;..., pero no en España. Yo hice un poco de francotirador...

*De todas formas, cuando te conocimos personalmente, en 1972, una de las cosas que más nos impresionó fue el conocimiento que tenías del país, la facilidad y coherencia con que hablabas de sus problemas. Carecías de la impronta del exilio, y si la tenías estaba muy oculta.*

Bueno, éste es un asunto que se puede tratar con un carácter más general. Evidentemente, el exilio, por su propia naturaleza, es tremendamente limitativo. La conciencia espontánea del exilio, si puede hablarse de ella, tiende a dejarse llevar por los problemas del lugar en que se vive y viendo los problemas de acá, de España, con la óptica que dejaste. Es el problema de la emigración republicana. Hay muchas posibilidades de quedar con el reloj parado. Utilizar los mismos conceptos, las mismas categorías políticas, las mismas correlaciones de fuerza del 18 de julio. Lo que a nosotros nos ha salvado es que por nuestra vinculación con una política, con un partido que no se considera ni es, al menos después de los primeros años de la posguerra, cuando los cuadros fueron totalmente aplas-

tados, partido del exilio, pone en nuestras manos un instrumental que nos permite superar esa conciencia limitativa. Un ejemplo concreto: la política de reconciliación nacional que se propuso a partir de los años cincuenta. Esa política provocó inicialmente un rechazo total en la emigración; la gente pensaba: "cómo voy a aliarme con un falangista, cómo olvidar los problemas de la República..." Sin embargo, hoy vemos que es la política que se sigue. Una política consistente en reconocer los cambios que se han operado en el país y ver los problemas en función de tales exigencias actuales. Se ha podido superar el exilio en la medida en que uno ha estado vinculado con el país, más a nivel político que cultural.

De todos modos surgen otros problemas. Por ejemplo, yo vivo en México; los problemas que entran cotidianamente en casa, que preocupan a mis hijos, que vivo, son los de aquí. Sin embargo, tu conciencia y gran parte de tu actividad la orientas hacia España, con lo que vives en una situación un tanto artificiosa, abstracta. En cierto modo, mi propia actividad intelectual me permite superar esta situación, pero para otros compañeros es mucho más difícil. Por el día tienen que trabajar en algo completamente alejado de cualquier hipotética relación con estos problemas. Por la noche piensan en las cuestiones de España. A veces esta situación carece de solución alguna, se rompe uno de los dos polos.

*Tú habías estado en 1972, volviste en 1975, ahora estás de nuevo aquí. Bien, la pregunta es obligada, ¿qué te parece la situación ?*

Es ahora, no en las visitas anteriores, cuando puedo hablar de un viaje normal; he podido hablar con unos y con otros salir a la superficie, ver a todo tipo de gente. Mi impresión en relación al año pasado es muy distinta.

El año pasado, a raíz de los fusilamientos, existía una atmósfera de represión y violencia, y las características propias de un régimen fascista, aunque fuese caduco, eran muy visibles. Ahora es muy distinto, hay una presión popular que se manifiesta de mil maneras. Sin embargo, esta situación, que en los primeros días produce cierta impresión de euforia, de optimismo, a medida que pasan los días se ve que los problemas son mucho más complejos de lo que parecía

y que el proceso de cambio, de ruptura, es mucho más difícil, puesto que si bien se proclama la soberanía del pueblo, esa soberanía no es establecida por el propio pueblo, sus órganos o representantes. Estamos ante una contradicción patente entre la soberanía proclamada y los que, habiéndose opuesto a la democracia, tienen que otorgarla. Pienso que la situación requiere una gran flexibilidad política por parte de la oposición, mayor unidad de la que a veces se manifiesta. Pienso que la actitud mantenida por el sector más amplio y responsable de la oposición, exigir, como punto central e irrenunciable el establecimiento de las libertades democráticas, toca el nudo de la cuestión, pues mientras no existan, todo el proceso de liberalización es una mistificación. No obstante, la impresión es favorable, no tanto por lo que ofrece cuanto por lo que se le arranca al gobierno.

*En ocasiones, ¿no te parecería que hay como un intento de aislar al Partido Comunista Español o a todo aquello en lo que el PCE tiene una posición importante, por ejemplo, Comisiones Obreras? Yo creo que estamos viendo cómo algunas organizaciones sindicales tratan de ganar prestigio y apoyos atacando más a Comisiones que haciendo una política de clase...*

Es evidente. Es una supervivencia objetiva del franquismo. En esta pretensión de excluir o aislar al PCE sobrevive la bandera del anticomunismo, la bandera por excelencia del franquismo. Es algo que no sólo atenta contra el PCE, sino contra la oposición, y está en abierta contradicción con la proclamada soberanía del pueblo, puesto que se trataría de una soberanía limitada que marginaría a un sector importante de la población, el representado por el PCE, cuya fuerza nadie pone en duda. Hasta dónde llegará esta política, hasta qué punto las restantes fuerzas que buscan la democracia impedirán esta maniobra, es algo que no se puede prever.

*¿Cuál puede ser el papel del PCE en esta situación? Porque también desde el otro extremo se le acusa de practicar una política revisionista, de concesiones.*



Bien, yo creo que la política del partido es exigir luchar por lo más necesario y, a la vez, lo más viable. Lo más revolucionario no es pedir lo más radical, sino aquello que hace posible el paso a etapas posteriores. La política no es el terreno de la aventura. La exigencia del PCE en la lucha por las libertades democráticas, y la apertura de un proceso constituyente, es la política más revolucionaria en este momento.

*Las organizaciones políticas, y el PCE entre ellas, se están encontrando en estos momentos ante una situación nueva: el abandono de la clandestinidad, aunque no de la ilegalidad. ¿Cuál es el papel del intelectual en el seno de esta situación?*

Ante todo, en este terreno, que en el pasado ha sido fuente de conflictos y discusiones, yo desearía partir de una tesis: la actividad teórica, desde el punto de vista marxista, no puede ser monopolio de un sector de la sociedad ni, por tanto, a otro nivel, de un sector del partido. Si éste tiene entre sus funciones la de desarrollar, elevar y divulgar una teoría que permita transformar la sociedad, no hay que pensar que esa teoría es monopolio de los especialistas, sino que el partido en su conjunto y cada militante ha de vincular en sí mismo la teoría y la práctica. En este sentido, la labor del intelectual es similar a la de otro militante cualquiera, si bien, en ocasiones, los productos de su trabajo adquieren mayor relevancia en esa actividad. Por otro lado, el intelectual debe contribuir a enriquecer, a desarrollar esa teoría, a ponerla en condiciones de que las masas puedan absorberla, asimilarla. Pero aun así, la actitud del intelectual no debe reducirse a la teoría, pues el riesgo de especulación es, entonces, muy grande.

*Sin embargo, parece que en el intelectual suele darse una dicotomía, una escisión, que no existe entre los trabajadores. Por un lado intelectual, por otro militante. Por un lado hace su trabajo, por otro se ocupa de tareas políticas.*

Claro, es imposible asimilar el intelectual al obrero industrial. El trabajo del obrero industrial no tiene un contenido ideológico determinado, mientras que el intelectual no puede evitar dar un conteni-

do ideológico a su propio trabajo. Es éste el que le obliga a enfrentarse con el marco establecido. La propia actividad teórica tiene exigencias de orden político e ideológico, aunque no todas las actividades teóricas plantean las mismas exigencias. El deber del intelectual es doble: el de todo militante y el de expresarse como marxista, como revolucionario. Sin embargo, el peligro de desdoblamiento existe siempre.

*Estos problemas se pueden trasladar del intelectual a la teoría misma. De alguna manera, una de las tendencias del marxismo contemporáneo consiste en identificar la práctica con la elaboración misma de la teoría, hablando de práctica teórica. Esta posición tiene bastante arraigo. Tú la has abordado críticamente al hablar del "teoricismo" de Althusser o de la cuestión de la presunta neutralidad de las ciencias sociales. Podrías comentar alguno de estos asuntos, ¿cuáles crees que son los problemas más acuciantes?*

El problema se plantea a partir del modo de conocer bien las relaciones entre teoría y práctica. Es un asunto que creíamos resuelto, pero que vuelve a plantearse siempre. Si consideramos la teoría como algo vinculado a la práctica, como algo que no puede ser independiente; si la concebimos como una actividad que no tiene su fundamento en sí misma; que no tiene exigencias autónomas; que no puede ser verificada o validada autónomamente, entonces no podremos caer en una concepción teoricista como es el caso de Althusser. Pienso que el problema de Althusser es que no ha roto con el marco de su concepción de la teoría, porque no ha explicado el papel de la práctica en la producción de la teoría. Por eso no ha logrado superar el teoricismo.

*De todas maneras, me da la sensación de que, de alguna manera, hay una corriente que favorece al teoricismo. En el siguiente sentido: el problema de las relaciones teoría-práctica se plantea generalmente en torno a las Ciencias Sociales; entonces hay, por un lado, una tendencia a hacer de las ciencias sociales ciencia en sentido fuerte, en el sentido que, por ejemplo, emplea Bunge. ¿Esta tendencia no puede favorecer al teoricismo?*

En primer término debo decir que la pretensión de hacer de las ciencias sociales ciencia en sentido fuerte, ciencia rigurosa, me parece completamente justa. Todo el proyecto de Marx ha consistido justamente en eso, en hacer del socialismo una ciencia. Pero, en segundo lugar, nos encontramos con el fundamento de esa ciencia. Creemos que las ciencias sociales, en la medida en que tengan un estatuto más científico, podrán servir mejor a la función de transformar la realidad. Pero el teoricismismo no creo que surja por esta aspiración, sino cuando se asimilan las ciencias sociales a las ciencias formales y a las naturales, y, por otra parte, surge también cuando las ciencias sociales desvinculan el estatuto científico de lo que yo pienso está íntimamente unido, su aspecto ideológico, su vinculación con intereses de clase que suponen una cierta carga ideológica. Si las ciencias sociales no pierden de vista esta problemática, el teoricismismo se supera.

*Del socialismo científico al socialismo utópico me parece uno de los libros más sugerentes, más planteador de problemas que de soluciones...*

Es un libro fruto de dos conferencias en un ciclo sobre la utopía. Creo que marca posiciones nuevas y unas perspectivas que todavía no he desarrollado. La concepción del partido, por ejemplo. Es un problema que me preocupaba ya y que creo necesario volver a plantear. Máxime cuando el mismo Lenin hizo observaciones sobre su propio *Qué hacer*. Hay aquí un problema grave sobre el cual no he encontrado aún respuesta completa: cómo evitar que el partido tome el camino de burocratización, cuál debe ser el estímulo para que esto no suceda. Se dice: la democracia, la democracia interna; pero creo que esto no es suficiente. La democracia interna, si no está en un medio que permita que las masas puedan a su vez influir, tenderá a caer de nuevo en la deformación. Es un problema que está abierto...